

altares de los ídolos. Esta consideracion afectó hondamente á sus camaradas. La canoa en que les conducian, desapareció en la laguna con direccion á la capital azteca. Pocas horas despues fueron colocados en la piedra de los sacrificios, y presentados sus corazones al dios Huitzilopochtli. El monarca Guatemotzin, mandó cortarles las piernas y los brazos, y los envió por algunas ciudades próximas, que se habian aliado á los españoles, asegurándoles que pronto hallarian igual fin todos los hombres blancos (1). Su objeto era aterrar á los pueblos que se habian segregado de la corona, para ver si conseguia separarles de la alianza con los castellanos, y llenar de confianza á los que le eran fieles.

(1) Aunque al leer este pasaje en Bernal Diaz, parece que los brazos y las piernas se les cortó antes de ser sacrificados, y que así fueron enviados á los pueblos para que los vieran, no fué en mi concepto esa su muerte. Creo que se debe entender que la exhibicion de los cadáveres fué posterior al sacrificio. No era costumbre entre los mejicanos mutilar en vida á los prisioneros, poniéndolos así á la espectación pública. Lo que sí hacian muchas veces, era pasear la cabeza por las ciudades del que habia sido sacrificado, para manifestar la gloria alcanzada. No se sacrificaba por el placer de ver sufrir á la víctima, sino porque juzgaban que estaban obligados á ello para honrar á sus dioses. La relación que hace Bernal Diaz es la siguiente: «Pues como le llevaron á Guatemuz estos cuatro prisioneros, alcanzó á saber cómo éramos muy pocos... y cuando fué bien informado, manda cortar piés y brazos á los tristes nuestros compañeros, y los envia por muchos pueblos nuestros amigos de los que nos habian venido de paz, y les envia á decir que antes que volvamos á Texcoco piensa no quedará ninguno de nosotros á vida; y con los corazones y sangre hizo sacrificio á sus ídolos.» La oscuridad del pasaje nace de haber puesto el sacrificio despues de lo referido á la amputacion de los miembros expresados. Sin embargo, es de suponerse que la mente del soldado historiador fué decir lo contrario. No es de creerse que pudiesen sobrevivir á la mutilacion de todos sus miembros, ni que, aun cuando hubiesen sobrevivido, los hubiese enviado Guatemotzin á poblaciones afectas á los españoles, exponiéndose á que estos los libertasen. Todo esto me persuade á creer que se debe entender el pasaje referido por Bernal Diaz, de la manera que dejo expresada.

Deseando Hernan Cortés tener noticias de las disposiciones que se tomaban en la capital azteca, mandó llevar á su presencia á los jefes que habian sido hechos prisioneros en la última accion. El general español les trató con su acostumbrada benevolencia, y les hizo las preguntas que mas le interesaban. Los informes, aunque poco lisonjeros, fueron importantes. Le dijeron que el plan de Guatemotzin era no cesar un instante en la lucha, y enviar nuevos ejércitos, mas numerosos aun que los anteriores, hasta rendir de fatiga á los hombres blancos. Añadieron que estaban dispuestas para el siguiente dia, millares de canoas que debian conducir lo mas selecto de los guerreros aztecas, á la vez que por tierra se presentarian considerables escuadrones que atacarian la ciudad por todas partes. Si aun así no se alcanzaba la victoria, se lograria menguar el número de las filas castellanas, sobre las cuales marcharian mas y mas ejércitos hasta aniquilarlas por completo (1).

Tomada la ciudad y cargado el ejército de ricos despojos, no tenia objeto ya la permanencia de Hernan Cortés en ella. Esperar allí nuevas batallas, era perder un tiempo precioso que estaba en el deber de aprovecharlo en acabar de hacer el reconocimiento al rededor del lago, para volver á Texcoco y emprender la campaña formal contra Méjico.

(1) «Y se supo dellos que tenia Guatemuz ordenado de enviar otra gran flota de canoas y muchos mas guerreros por tierra; y dijo á sus guerreros que cuando estuviésemos cansados, y heridos muchos y muertos de los reencuentros pasados, que estaríamos descuidados con pensar que no enviaria mas escuadrones contra nosotros, é que con los muchos que entonces enviaria nos podria desbaratar.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

Después de haber permanecido tres días en Xochimilco, sin que en ninguno de ellos se hubiese dejado de dar algunas batallas, dispuso Hernan Cortés su salida de la ciudad. Antes de abandonarla, quiso castigar á sus habitantes por la tenacidad de sus hostilidades, y mandó incendiar los templos y un gran número de edificios.

Era la mañana del cuarto día, cuando á la rojiza luz del incendio que se mezclaba con la enviada por el astro principal, salía el caudillo castellano de la ciudad y se dirigía á la gran plaza del mercado que se hallaba fuera de la poblacion. En ella hizo alto el ejército. Un rico y abundante botin llevaba cada soldado español y tlaxcalteca. El general, comprendiendo que la marcha por un país enemigo debía hacerse sin llevar nada que pudiese estorbar las operaciones militares, quiso persuadir á sus tropas á que abandonasen los despojos de la guerra, para que no tuviesen mas atencion que la de las armas. Les dijo que los peligros de que estaban amenazados en la marcha que iban á emprender, eran grandes: que todo el poder del imperio azteca, se encontraba dispuesto á disputarles el paso: que los ejércitos de Guatemotzin ocupaban los puntos difíciles por donde tenían que pasar, y que les pedía, por bien de ellos mismos, que dejasen los despojos conseguidos en la toma de la ciudad, á fin de que pudiesen combatir libremente donde quiera que se presentasen los contrarios, y defender mejor sus vidas. Las razones del general, aunque sólidas, no hallaron cabida en el ánimo de los soldados. El botin era la única recompensa de los peligros, heridas, muertes y trabajos sufridos en la campaña, y no debe sorprender á nadie que lo mirasen con vivo cariño. La abne-

gacion de los intereses materiales, es una virtud que la poseen muy pocos hombres. Los soldados de Cortés, contestaron, en consecuencia, al general, «que tenían derecho para llevar lo que habían alcanzado en buena guerra contra el enemigo: que eran hombres para defender con la espada lo que con ella habían ganado; que sabrían luchar por sus personas y por su caudillo, contra todo el poder azteca; y que dejar abandonados los efectos que en buena lid habían conseguido, equivaldria á manifestar á sus contrarios, que los castellanos eran de apocado espíritu (1).»

Viendo Hernan Cortés la firme resolucion de sus soldados, y comprendiendo que no debía exigir de ellos lo que consideraban como un sacrificio, no quiso contrariar sus deseos. Mandó colocar los bagajes y los heridos en el centro; puso en la vanguardia diez ginetes, con alguna fuerza de ballesteros; encargó los flancos á los soldados de espada y rodela, y en la retaguardia, que era el punto mas comprometido, colocó otros diez ginetes, el resto de los ballesteros y las tropas auxiliares tlaxcaltecas. Como los escopeteros carecian de pólvora, dejaron el arcabuz por la espada y la lanza (2).

(1) «Cortés comenzó á hacer un parlamento acerca del peligro en que estábamos, porque sabíamos cierto que en los caminos é pasos malos nos estaban aguardando todo el poder de Méjico y otros muchos guerreros puestos en esteros y acequias; é nos dijo que seria bien, así nos lo mandaba de hecho, que fuésemos desembarazados y dejásemos el fardaje é hato, porque no nos estorbase para el tiempo de pelear. Y cuando aquello le oimos, todos á una le respondimos que, mediante Dios, que hombres éramos para defender nuestra hacienda y personas é la suya, y que seria gran poquedad si tal hiciésemos.» —Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(2) «De los escopeteros no nos aprovechábamos, porque no tenían pólvora

Distribuida la tropa en el orden referido, emprendió la marcha con todas las precauciones acostumbradas. Los xochimilcos y las tropas mejicanas, al ver á los españoles abandonar la ciudad y alejarse, creyeron que se retiraban por temor. Alentados con esta idea, se lanzaron con ímpetu terrible y dando espantosos alaridos sobre la retaguardia. Pronto vieron que habian juzgado equivocadamente. Hernan Cortés, que iba en ella, acometió con la caballería y los arcabuceros, y destrozándolos completamente, les persiguieron hasta hacerles entrar en las canoas, que estaban á la orilla de la laguna. El ejército continuó su marcha sin que volviese á ser molestado, viendo á distancias considerables algunas insignificantes partidas que no se atrevian á aproximarse.

Despues de haber caminado por un campo cubierto de vistosos maízales, llegó la tropa, á las diez de la mañana, á Coyohuacan, ciudad importante, situada en la orilla de la laguna, y á distancia de dos leguas de Xochimilco.

El valle de Méjico era la parte mas poblada del Anáhuac. Grandes y hermosas ciudades se encontraban casi unidas unas á otras, formando una cadena de ricas poblaciones que podian levantar numerosos ejércitos en unos cuantos instantes. Muchas de esas populosas ciudades habian sido señoríos independientes antes de que los mejicanos hubiesen extendido sus conquistas hasta las mas lejanas provincias. Sus habitantes pertenecian á las diversas tribus que se habian establecido en el país, mucho antes que los aztecas. Rivales unas de otras desde sus primeros

ninguna; y desta manera comenzamos á caminar.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

tiempos, conservaban entre sí su rivalidad, aun despues de haber sido incorporadas á la corona de Méjico por la fuerza de las armas. Del antagonismo resultó la grandeza de ellas, pues cada señor habia tratado de reunir toda su fuerza, su poder y su riqueza en la poblacion que habitaba.

Cuando Hernan Cortés llegó á Coyohuacan, encontró las calles de la ciudad y sus casas completamente desiertas. Sus habitantes habian huido desde el instante que tuvieron noticia de que se aproximaba el ejército español.

El general castellano se alojó con su gente en el espacioso palacio del señor de la ciudad, y colocandó los centinelas en los puntos correspondientes para ponerse á cubierto de una sorpresa, resolvió permanecer allí dos dias, á fin de dar descanso á sus tropas y curar á los heridos.

Era bellísima la posicion de Coyohuacan, y uniendo á su belleza la abundancia de maíz en sus feraces terrenos, Cortés la eligió para dar un respiro á sus soldados, y hacer reconocimiento de la de sus alrededores, para el momento en que sitiase la ciudad de Méjico. Mientras parte del ejército descansaba, el general español, al frente de cinco ginetes y de doscientos hombres de infantería, se dirigió al lago, por una calzada que conducia de Coyohuacan hasta la entrada principal de Méjico, llamada de Iztapalapan, hoy conocida con el nombre de San Antonio Abad (1). Pronto se encontró con una espesa trinchera, defendida por numerosos escuadrones mejicanos. Hernan Cortés ata-

(1) El Sr. Lorenzana dice que la calzada llamada de Iztapalapan era la que actualmente se llama de la Piedad; pero en esto sufrió un error. La calzada de Iztapalapan es la que hoy se llama de San Antonio Abad que conduce á San Agustín de las Cuevas ó Tlalpam.

có la posición, avanzando con serenidad, bajo una lluvia de flechas. Los aztecas resistieron el asalto con valor, hiriendo á diez de los asaltantes; pero al fin fueron desalojados por los españoles, sufriendo grandes pérdidas (1). Dueño del campo el jefe castellano, subió á la trinchera, desde donde estuvo examinando, con detenimiento, todo lo conveniente para su plan de sitio sobre la capital. A no larga distancia del sitio en que se hallaba, se veían millares de guerreros mejicanos ocupando la calzada y la laguna. Acaso esperaban que los españoles avansasen; pero como el objeto de Cortés había sido reconocer el terreno, objeto que estaba realizado, volvió con la tropa á Coyohuacan, sin querer detenerse en nuevos encuentros, que no podían dar ningún resultado definitivo.

Al tercer día continuó el ejército su marcha hácia Tlacopan ó Tacuba, que distaba dos leguas de Coyohuacan. Los mejicanos, colocados en los puntos más ventajosos del camino, salían á molestar á sus contrarios, atacándoles por los flancos y la retaguardia, desapareciendo en el instante que les convenía. Gruesas partidas de guerreros seguían de continuo á las tropas españolas, dando horribles alaridos y enviándoles una granizada de flechas. Hernán Cortés, queriendo evitar que continuaran molestando, les preparó una celada. Se emboscó entre una espesa arboleda, próxima al camino, con diez ginetes, entre los cuales se hallaban cuatro asistentes suyos. Cuando vió á los me-

(1) «Y llegamos á una albarrada que tenían hecha en la calzada, y los peones comenzáronla á combatir; y aunque fué muy recia y hubo mucha resistencia y hirieron diez españoles, al fin se la ganaron, y mataron muchos de los enemigos.»—Tercera carta de Cortés.

jicanos cerca del sitio en que se hallaba, salió de repente con los ginetes, lanceando y derribando á sus contrarios. Sorprendidos con aquella inesperada emboscada, emprendieron la fuga. El general castellano y los que le acompañaban, siguieron por largo tiempo el alcance, sin advertir que se hallaban á considerable distancia del ejército. Los mejicanos entonces, viendo que la corta fuerza española no podía ser socorrida, salieron, á su vez, de los sitios en que habían estado ocultos, y cayeron por los flancos, el frente y la espalda, sobre sus temerarios enemigos, en número infinito. Hernán Cortés, viéndose encerrado entre aquel océano de gente, cuyas olas amenazaban ahogarles, acometió con sus compañeros á los escuadrones que les cerraban el paso, logrando, después de una terrible lucha, romper el muro de lanzas que le oponían y mirarse libre de sus formidables contrarios. Pero no todos los ginetes habían tenido la fortuna de haber podido salir del círculo en que les habían encerrado. Dos de sus asistentes habían quedado prisioneros en poder de los mejicanos. El general español, al notar la falta de sus dos leales servidores, sintió oprimido su corazón de profunda pena. Se presentó inmediatamente á su imaginación la horrible muerte que les esperaba, y una tristeza mortal se apoderó de su alma. Le habían servido en toda la campaña con celo y lealtad, y no podía pensar en la horrible suerte que les estaba reservada, sin sentirse profundamente afectado. Triste y abatido, continuó su marcha, sin pronunciar una sola palabra. El ejército, entre tanto, había llegado á Tacuba, y se hallaba cuidadoso de la suerte de su general. Viendo que no parecía y temiendo que se hallase cercado

de enemigos, salieron en su busca Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid, Andrés de Tapia y otros capitanes con algunos soldados, entre los cuales iba Bernal Diaz del Castillo.

A corta distancia de Tacuba encontraron al general. La alegría del ejército fué intensa al verle llegar, y todos se admiraron del aire melancólico que tenia, y aun creyeron ver señales en sus ojos de haber vertido alguna lágrima (1).

Noble y digno era ese sentimiento, y Cortés manifiesta en su tercera carta al emperador, que la pena se apoderó de su alma al pensar en la funesta suerte reservada á los que se habian distinguido siempre por su valor y noble comportamiento (2).

Los dos desventurados asistentes, llamados Francisco Martin Vendobal y Pedro Gallego, fueron conducidos á la presencia del emperador Guatemotzin, y poco despues morian sacrificados por los sacerdotes aztecas, ante la horrenda imágen del dios Huitzilopochtli (3).

Eran cerca de las diez de la mañana cuando el general español llegó á Tacuba. No era su intencion detenerse en

(1) «Y estando en esto viene Cortés, con el cual nos alegramos, puesto que él venia muy triste y como lloroso.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(2) «Los enemigos los llevaron, donde creemos que les darian muy cruel muerte, como acostumbran: de que sabe Dios el sentimiento que hube, así por ser cristianos, como porque eran valientes hombres, y le habian servido muy bien en esta guerra á V. M.»—Tercera carta de Cortés.

(3) «Llamábanse los mozos de espuelas que llevaron á Méjico á sacrificar, el uno Francisco Martin Vendobal, y el otro se decía Pedro Gallego.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

la ciudad; pero llovía fuertemente, y fué preciso guarecerse en sus edificios en tanto que pasaba la tempestad. Despejado al cabo de dos horas el cielo, quiso enviar una mirada á la grandiosa ciudad de Méjico y á los pueblos que le rodeaban, y subió al átrio superior del *teocalli* principal. Le acompañaba el tesorero Alderete, el fraile franciscano Malgarejo, y varios capitanes, entre los cuales habia algunos de los que llevaban muy poco tiempo de haber llegado al país. El bello espectáculo que presentaba el paisaje, sorprendió á los que por primera vez contemplaban el animado y pintoresco cuadro que se describía á su vista. Era un delicioso panorama que superaba en magnificencia á lo que la imaginacion puede concebir de mas risueño, que el pincel del pintor se afanaria en vano en trasladar al lienzo, y que la pluma del poeta nunca podrá describir con el tono y brillante colorido que ostenta. Al contemplar á la hermosa sultana de las ciudades del valle, á la grandiosa Tencchtitlan, reclinada dulcemente en medio de las tranquilas aguas del lago, rodeada de populosas ciudades, edificadas sobre el agua que, cual seductoras cortesanas, parecian esperar sus mandatos; al ver deslizarse sobre el húmedo elemento millares de canoas que cruzaban en todas direcciones, cargadas de verdura, de frutas, aves, peces, flores, plantas, maíz y alubia para los mercados de la corte de los emperadores aztecas; al descubrir los poéticos jardines flotantes ó chinampas, formando grupos de floríferas islas, que se trasladaban de un punto á otro del lago, como si estuviesen bajo la influencia de las hadas; al ver, en fin, aquel sublime conjunto de aldeas, pueblos, ciudades, palacios, templos, pensiles, huertas,